

***BIOGRAFÍA MÉDICA. ENFERMEDAD Y
MUERTE DE PABLO NERUDA.***
GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER.

Niall BINNS
Universidad Complutense de Madrid
ORCID: 0000-0003-1418-3672

Me pregunto a veces qué habría pasado si un obús hubiese caído sobre Pablo Neruda mientras visitaba por última vez su apartamento en la Casa de las Flores, en Madrid, en julio de 1937. De los otros dos grandes de su generación, su amigo Federico García Lorca había muerto asesinado un año antes, y en abril de 1938, César Vallejo moriría en París con aguacero. ¿Qué lector de poesía no se ha preguntado alguna vez qué habría sido de Lorca y Vallejo si no hubiesen muerto tan jóvenes; cuáles son las obras que no llegaron a escribir; cómo habrían madurado y envejecido? Neruda, en cambio, tuvo tiempo para consagrarse como el poeta más importante del mundo hispano, disfrutó y sufrió las consecuencias de su éxito, fue durante dos décadas y media el poeta comunista por excelencia del mundo de la Guerra Fría, y pudo permitirse satisfacer sus múltiples caprichos, para algunos burgueses, para otros entrañablemente infantiles, de glotón empedernido y coleccionista insaciable de caracoles de mar, mascarones de proa, veleros en botella, pipas, primeras ediciones, llaves antiguas, mapamundis y minerales. Se convirtió, mientras tanto, en un blanco fácil para los odios y las envidias.

Pero yo pienso en ese Neruda que pudo haber muerto en julio de 1937 y el legado que nos habría dejado. Nos faltarían su *Canto general*, sus *Odas elementales* y tantos libros más, pero allí estarían sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, el poemario más leído del siglo XX, seguramente, en cualquier idioma; estaría el que es, para mí, el gran libro de poesía de la lengua en tiempos

modernos, *Residencia en la tierra*; y estaría también el inicio de una nueva línea truncada de poesía, la que inició en septiembre de 1936, a pocos días de enterarse de la muerte de Lorca, con su «Canto a las madres de los milicianos muertos», y que lo había llevado a escribir el más intenso y más dolorido manifiesto poético que existe sobre la guerra española, «Explico algunas cosas». Aún no se llamaba de esa manera, es cierto. «Así es» fue el título del poema que Rafael Alberti eligió para la edición de *El Mono Azul*, el periódico ya legendario que recibieron en Valencia todos los delegados del Congreso de Escritores Antifascistas en julio de 1937. Así son las cosas, decía el poema, y así es lo que nosotros, los poetas, tenemos que hacer para intentar pararlas. Es difícil olvidar el imponente final:

¿Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

¡Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles! (Neruda: 1999: 371)

Yo creo que incluso muerto a los 33 años, a la edad de Jesucristo como poeta mártir, y con tantos libros todavía por escribir, estaríamos hablando de Pablo Neruda como el más grande de los poetas del siglo XX. Y no existirían esos odios, esas envidias.

*

Sólo Gunther Castanedo Pfeiffer podría haber escrito esta *Biografía médica. Enfermedad y muerte de Pablo Neruda*. No creo que haya otra persona en el mundo que sepa tanto de Neruda como él. Los libros que ha publicado lo atestiguan: en 2005, *Un triángulo literario, José María de Cossío, Miguel Hernández, Pablo Neruda*; en 2010 *Neruda y los barcos*; en 2016 *Sucede que voy a vivirme: amor y compromiso en Pablo Neruda*; y luego tres libros que me fascinan en su propuesta. Tienen el título de *Personario. Los nombres de Neruda*, e inician un avance por

el alfabeto de un alcance inconmensurable. El primero, de 2011, corresponde a la letra A y en sus más de 350 páginas, incluye reseñas de todos los países que empiezan con A y que de algún modo fueron importantes para Neruda, pero, más aún, de los centenares de personas cuyo apellido comienza con A y tuvieron o han tenido con él algún tipo de relación (como amigos y enemigos, coetáneos en la escritura o la política, personajes históricos, críticos literarios que estudiaron su obra, o bien simplemente personas a las que mencionó aunque sea de paso en alguna carta o entrevista olvidada por todo el mundo salvo por el investigador meticoloso, intrépido, obsesivo, que es Gunther Castanedo Pfeiffer). En el segundo tomo, que corresponde a la B, este reconoció en su introducción que el emprendimiento que había asumido era «un suicidio», que siempre faltarían nombres y datos, y además, que él ya había descubierto errores y ausencias y datos nuevos sobre los personajes y países de la A. Los libros de la B y la C, que se publicaron respectivamente en 2012 y 2015, tenían cada uno sus 300 páginas de extensión y más de 400 entradas. No sé si habrá más. Haría falta varias vidas, me imagino yo, para terminar la serie, y aun se si se llegara a puntuar la última página de la Z no habría más remedio que volver al inicio, para retocar y rellenar y reeditar todo.

Gunther Castanedo, aparte de sus conocimientos enciclopédicos como nerudófilo y nerudólogo, es licenciado en Medicina y un prestigioso odontólogo. Definitivamente, no hay nadie tan cualificado como él para escribir una *Biografía médica* sobre Pablo Neruda. A comienzos de enero de 2024, cuando me invitó a participar en la presentación del libro en el Ateneo de Santander, respondí que sí en seguida. Como lector fervoroso de Neruda, pero sobre todo del libro *Residencia en la tierra*, pensé, cómo no, en el poema «Enfermedades en mi casa», inspirada por su hija Malva Marina, que nació con hidrocefalia, una enfermedad que Gunther Castanedo explica y aclara en estas páginas, pero también, más aún, en «Tango del viudo», un poema majestuoso en que Neruda imaginó, con vívidas imágenes, el comportamiento de la mujer birmana que amaba pero a la que acababa de abandonar, aterrado por sus arrebatos de ira:

Oh Maligna, ya habrás hallado la carta, ya habrás llorado de furia,
 y habrás insultado el recuerdo de mi madre
 llamándola perra podrida y madre de perros,
 ya habrás bebido sola, solitaria, el té del atardecer
 mirando mis viejos zapatos vacíos para siempre
 y ya no podrás recordar mis enfermedades, mis sueños nocturnos, mis comidas,
 sin maldecirme en voz alta como si estuviera allí aún
 quejándome del trópico de los coolíes corringhis,
 de las venenosas fiebres que me hicieron tanto daño
 y de los espantosos ingleses que odio todavía. (Neruda: 1999: 291)

A veces, cuando se mira de frente a alguien, o bien a algo, una obra poética por ejemplo, es difícil ver más allá de lo que todos ya saben, de lo que ya se ha visto. La mirada oblicua, en cambio, conscientemente parcial en su cometido, tiene la virtud muchas veces de iluminar aspectos antes inadvertidos, o advertidos sólo de modo somero. Por ello, la mirada de médico, de odontólogo, de Gunther Castanedo muestra facetas de la vida –y por extensión, de la poesía– de Neruda o bien ignoradas o que habían parecido hasta ahora de escaso interés. Conocedor como nadie de todo lo que se ha escrito sobre Neruda –allí están los *Personarios*–, ha revisado minuciosamente cada referencia del poeta a sus enfermedades y su cuerpo, y cada testimonio y carta y entrevista e informe y texto biográfico y artículo crítico que haya tocado el tema. El acopio de datos resulta sencillamente apabullante, y parte del interés del libro es la manera en que las distintas fuentes se complementan, o bien, en ocasiones, se contradicen, y obligan al biógrafo a tomar posición, recurriendo muchas veces a sus conocimientos médicos para ofrecer su diagnóstico o dictamen.

*

La pasión del biógrafo por Neruda, al que reconoce como «el más brillante poeta del siglo XX en lengua castellana» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 85), en pocas ocasiones lo aparta de un afán de

objetividad —una objetividad que es, por supuesto, imposible— que se agradece, y llama la atención que no escatima testimonios o comentarios que en ocasiones dejan al poeta querido bastante mal parado.

Yo he aprendido mucho de este libro. En algún momento, he encontrado la repetición de algunas citas que me ha parecido innecesaria, pero el deseo de reunir toda la evidencia en cada momento, por parte del biógrafo-médico, es irrefrenable. Me ha fascinado, por ejemplo, el capítulo sobre el niño enclenque y enfermizo que era Neruda. Lo decía su padre, José del Carmen Reyes, en palabras citadas por Gunther Castanedo: «Nefalí era un niño de carácter tímido y muy enfermizo. La mayor parte del tiempo la pasaba en cama; era tan débil que hasta temimos por su vida» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 59). Y aunque «un niño no es un adulto en miniatura» (51), cómo señala Castanedo, las citas de las cartas muestran que en este caso el niño enfermizo se hizo con los años un joven enfermizo. Como él mismo escribió a su gran amor de juventud Albertina Azócar, estaba «flaco como un esturión» (97), mientras que ella por su parte diría más tarde: «Pablo fue muy delicado de salud toda su vida. Pasaba resfriado, con gripe, con un romadizo que no se le quitaba nunca, siempre sonándose la nariz» (59). Me han encantado las páginas sobre el Neruda deportista: en palabras de un compañero de colegio, «era malazo para el fútbol, no le pegaba a la pelota para nada», y era «malo para los puñetes» (64); tampoco sabía nadar o remar, y aunque insistió en su poesía sobre su destreza como jinete —«Me educué, sin embargo, a caballo», como diría en *Cantos ceremoniales*—, los montañeros que lo ayudaron a salir de la clandestinidad en 1949, cruzando a caballo la Cordillera de los Andes, tenían otra opinión: «era pésimo para andar a caballo» (222), decía uno; «jamás había montado» (72); otro lo veía, ya subido al caballo, como un «saco de papas con barba», y después de una caída lo describiría así: «el poeta apareció gateando entre las ramas como una foca resollante y temblorosa» (224).

En otro capítulo fascinante, sobre los días de decadencia juvenil que vivió Neruda como estudiante en Santiago, la sucesión de borracheras colectivas estaba marcada también por el hambre y las enfermedades que matarían a varios poetas que fueron compañeros de viaje suyos: Romeo Murga, Juan Egaña, Joaquín

Cifuentes Sepúlveda y Alberto Rojas Jiménez, que vendría volando en uno de los grandes poemas de *Residencia en la tierra*.

Si en Santiago las cartas de Neruda estaban llenas de quejas sobre la falta de dinero, sus enfermedades y el frío insoportable de sus cuartuchos de estudiante, cuando se instaló como cónsul en el Lejano Oriente –en Birmania, Ceilán e Indonesia– sus cartas seguirían llenándose de quejas sobre la falta de dinero, sus enfermedades –esas venenosas fiebres que le hicieron tanto daño– y sobre el calor y la humedad insoportables. Diría más tarde, sobre esos años: «Un Cónsul con hambre no se estila. Entre gente vestida de etiqueta no se puede decir: ‘un sándwich por favor, que me desmayo’. (...) Yo solo fui un Cónsul perdido en sus pobreza» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 127). Aun así, Neruda engordó en Ceilán –según él, debido al arroz– y en una carta desde Indonesia a su amigo argentino Héctor Eandi, escribió sobre «la vida consular, el protocolo, las comidas, smokings, fracs, chaqués, uniformes, bailes, coctails: todo el tiempo» (134).

En 1933, cuando asumió un puesto ya más prestigioso en la carrera diplomática como cónsul de Chile en Buenos Aires, seguiría quejándose de la imposibilidad de ahorrar dinero (Castanedo Pfeiffer: 2023: 154) y en Madrid, después, hablaría todavía de esta vida al borde de la pobreza. No puedo dejar de pensar –es algo he visto, también, revisando las cartas de Rubén Darío– que Neruda era un derrochador incorregible. Era, como analiza magistralmente Gunther Castanedo, un glotón y un gran bebedor, que puesto a escoger entre ambas aficiones optó en su juventud por la bebida. En Madrid, Neruda se hizo amigo de Lorca, Alberti y muchos poetas de la generación del 27. Lo contaría en sus memorias: «Nos veíamos diariamente en casas y cafés. Descendíamos en grupos bulliciosos a comer, beber y cantar», y había fiestas constantes en la Casa de las Flores (165); pero hablando de esos tiempos diría sobre su mujer, Maruca, con la que ese entonces estaba ya distanciado: «Era una mujer enorme. Necesitaba comer mucho. A veces, en Madrid, no teníamos sino una lata de sardinas y ella comía con ganas y yo me quedaba mirando» (171). Si sólo había una lata de sardinas para la cena, lo más seguro es que Neruda había dilapidado el resto de su sueldo en las parrandas con sus amigos.

Las fiestas maratonianas serían una constante en la vida de Neruda, más aún cuando comenzó a contar con ingresos considerables no sólo por sus labores diplomáticos sino también por sus derechos de autor. En la Unión Soviética comía el caviar «a cucharadas» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 194), y era un hombre de carácter sedentario, al que le costaba salir de casa. En palabras de Gunther Castanedo: «Era aficionado a permanecer en cama. ¡Cuántas entrevistas realizó desde la cama! ¡Cuántos amigos fueron recibidos en su cuarto!» (242)

No era extraño que a mediados del siglo Neruda llegara a pesar 115 kilos (Castanedo Pfeiffer: 2023: 231), y los análisis de Castanedo van trazando la evolución de sus enfermedades en relación con esta obesidad. Aparte de los «eternos resfríos de Pablo», en palabras de su amigo Tomás Lago (207), y los desmayos que sufría aparentemente por cansancio, hubo una operación misteriosa en marzo de 1939 que pudo ser –a ojos del biógrafo-médico– el origen de la tromboflebitis que empezaría a afligirle a mediados de los cincuenta... En esa evolución, me ha resultado particular interesante lo que Castanedo llama el «carácter científico» de Neruda (184), su diálogo epistolar con médicos y amigos sobre distintos medicamentos y enfermedades.

Antes de llegar al capítulo determinante de la biografía, me gustaría ilustrar con un par de ejemplos la mirada única del biógrafo que es Gunther Castanedo. En cierto momento, con ojo de odontólogo, observa la dentadura de Neruda, señalando sus «dientes ralos o desgastados» y el diastema que había entre los incisivos centrales superiores, y luego postula una teoría: «No son demasiadas las fotografías en que [Neruda] enseña los dientes. Más bien lo contrario. Esto puede indicar una seriedad de carácter que no es el caso pues era un hombre jovial o una desconfianza en la belleza de sus dientes, algo bastante habitual» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 22). A finales de 1956, a su regreso de un viaje a Brasil, Neruda sufrió una afonía que algunos pensaban –Gunther Castanedo, creo, está de acuerdo con ellos– que era un simple truco para no hablar sobre la reciente invasión soviética de Hungría (266). Y me ha divertido el comentario sobre un medicamento que Tomás Lago le dio a Neruda, para levantarle el ánimo; se trataba de un commel: una dipirona, explica el biógrafo, un derivado del Nolotil, para añadir

después: «Se ve que en Chile como en el resto del mundo, se sigue lea la norma de que los no médicos recetan libremente como si lo fueran» (252).

Pero no sólo son observaciones médicas. Me ha interesado, por ejemplo, lo que se cuenta sobre las posibles raíces judías de Neruda, trazables en los nombres de ciertos parientes suyos —Amós, Joel y Oseas—, y las acusaciones que recibió a finales de los años treinta por parte de sectores «nazistas» en Chile, atentos a la nariz prominente del poeta, según los cuales Neruda era «un judío degenerado» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 28-29). Yo no sabía nada del ataque del que fue víctima a manos de unos nazis en Cuernavaca, ni de su accidente de automóvil en 1952 (188-193), ni del miedo que tenía a los coches, y tampoco del copiloto sumamente problemático que era el poeta (259).

La razón de ser de este libro es el posible envenenamiento que habría provocado la muerte de Neruda en un hospital de Santiago el 23 de septiembre de 1973. La polémica suscitada por este tema ha revivido la agresividad retórica que sufrió y en la que participó el poeta durante su vida, en sus rivalidades y enemistades explosivas con Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Juan Larrea y otros. En este caso, ha dividido y encendido los ánimos entre parientes y admiradores del poeta, y se encuentra en el exaltado prólogo a este libro de Bernardo Reyes, sobrino nieto del poeta, que divide —por ejemplo— a los estudiosos de Neruda en España entre los «excelsos» por un lado, y por otro los «ambiguos y presuntos exégetas, adoradores de la fábula, de las llamadas fake news: la estulticia llevada al delirio» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 8). Reyes cuenta que él mismo llegó a ser acusado de «agente de la CÍA», porque había denunciado al «mitómano» Mario Casasús, un periodista mexicano «que logró convencer a la justicia que existía una duda razonable de que el poeta hubiera sido asesinado». Ese «presunto asesinato», en palabras de Reyes, fue «un mal montaje periodístico creado por dos mediocres y poco creativos individuos aficionados al periodismo amarillo» (13). En medio de esta retórica enardecida, el prologuista celebra la «paciente parsimonia» del estudio de Gunther Castanedo (9). Tiene razón, aunque el biógrafo mismo, al hablar del chófer Manuel Araya, pieza clave en la denuncia del envenenamiento, no puede resistirse a comentar, en cierto

momento: «En verdad, las ganas de protagonismo de este hombre no tienen fin» (312).

El capítulo sobre el cáncer de próstata vuelve a apabullar con los numerosos testimonios sobre la enfermedad de Neruda. Traza la enfermedad desde sus primeros signos, en 1967; estudia los datos para precisar el número y las fechas de las operaciones que habría vivido Neruda; comenta el empeño de la mujer del poeta, Matilde Urrutia, en que este no se enterara de que tenía cáncer, y ofrece una lectura fascinante de algunos poemas de la época. Allí está el poema «El cobarde», de *Geografía infructuosa* (1972), que enfrenta las señales de muerte anunciadas por una gota de sangre en la orina:

hoy nos trajo el sol joven del invierno
 una gota de sangre, un signo amargo
 y ya se acabó todo: no hay remedio,
 no hay mundo, ni bandera prometida:
 basta una herida para derribarte:
 con una sola letra
 te mata el alfabeto de la muerte
 un solo pétalo del gran dolor humano cae en tu orina y
 crees
 que el mundo se desangra. (Castanedo Pfeiffer: 2023:
 290-291)

Llama la atención, sobre todo, la resignación irónica de Neruda, palpable en el poema «Sin embargo me nuevo», del libro póstumo *El corazón amarillo*, no sólo en el título sino en las referencias a su «hígado tenebroso», su «riñón conspirativo», su «próstata melancólica» y «los caprichos de [su] uretra» (Castanedo Pfeiffer: 2023: 320). Lo que más le interesa al biógrafo-médico en este capítulo es estudiar en qué condiciones de salud se encontraba el poeta en septiembre de 1973, en vista de que «los defensores de la teoría del asesinato sostienen que Neruda estaba en buenas condiciones» (308). Gunther Castanedo prueba definitivamente que no fue así, por mucho que algunos afirmen lo contrario. Sus argumentos son contundentes: la evidencia científica no apunta al envenenamiento, y la salud del poeta era más que precaria. Era un enfermo terminal ya consciente de estar al borde de la muerte.

Quisiera terminar esta reseña del libro de Gunther Castanedo Pfeiffer, la culminación (por ahora) de tantos años de investigación sobre Neruda, recordando unas palabras célebres del ensayista inglés Walter Pater sobre el fervor intelectual que las artes son capaces de engendrar. «To burn always with this hard, gemlike flame, to maintain this ecstasy, is success in life» (Pater: 1873: 197). «Arder siempre con esta llama, dura y brillante como una gema, y mantener vivo este éxtasis, constituyen el éxito en la vida». Ese ardor se palpa en cada página de esta *Biografía médica*.

Bibliografía

CASTANEDO PFEIFFER, Gunther (2023). *Biografía médica. Enfermedad y muerte de Pablo Neruda*. Boo de Piélagos (Cantabria). Libros del Aire.

NERUDA, Pablo (1999). *Obras completas I. De «Crepusculario» a «Las uvas y el viento», 1923-1954*. Barcelona. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.

PATER, Walter (1873). *The Renaissance*. Nueva York. Modern Library.